

LA RUTA DE LA MEMORIA**El florido pensil**

Las efigies del caudillo Francisco Franco y del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, presiden la clase de féminas nivel intermedio del colegio San José de Calasanz —el de los años 50, tan distante en el tiempo, que no en el emplazamiento, del que se erige actualmente—. Un Cristo en su crucifijo completa la estampa de la escuela nacionalcatólica que acompañó a varias generaciones de españoles en la posguerra, cuando los alumnos entonaban aquel himno que contaba que la nación era, de glorias, florido pensil —recuerda Andrés Sopena en su obra del mismo nombre—. En el aula, doña Felisa se rodea de varias de sus alumnas, jóvenes getafenses a caballo entre los siete y los diez años, en una época en la que tras prolongarse su formación básica hasta los trece o catorce se obtenía el llamado certificado de estudios primarios. Doña Concha y doña Teresa completaban la terna de maestras de la época, mientras que don Leoncio y don Agustín eran algunos de sus homólogos masculinos (el colegio acogía a chicos y chicas, relegados por sexo a cada una de las dos secciones en las que se dividía la mole de ladrillo).

El San José de Calasanz, colegio de los “gratuitos” (también los había “blancos”, los nacionales; los “azules”, de paga; “las monjas” y “los Escolapios”) era un hervidero de saber: a los chavales se les instruía en las matemáticas (sumas, restas, multiplicaciones, divisiones, raíces y hasta problemas de interés), en historia, geografía, ciencias... Algunos aún recordarán el tercer grado de Álvarez —biblia de los estudiantes—, los cuadernillos, los plumiers, las pinturas de Alpino, las de Goya... A veces la rutina de horarios (había clase de nueve y media a doce y media, y de dos y media a cuatro y media; los jueves, libre por la tarde; y los sábados por la mañana, de vuelta al colegio) se rompía. Los niños, sin más uniforme que un babi blanco, hacían fila y ordenados salían a saludar al general Franco cuando éste pasaba por la carretera de Toledo. “Ni nos enterábamos de cuando lo hacía”, confiesa una de las alumnas que aparecen en la fotografía, Sagrario Fernández, en relación al éxito de las excursiones. De lo que sí se enteraba era de la leche en polvo y del queso de los americanos del que daban cuenta en la escuela. “El queso iba en latas amarillas redondas y la leche en polvo en bidones grandes”, acierta a describir.

De doña Concha, la profesora de la clase de féminas nivel intermedio del San José de Calasanz de 1950, Sagrario sentencia “era una mujer muy buena”. Como muestra un botón. Las pocas veces que se enfadaba sólo le daba por “guardar todo en el armario” o por poner a las díscolas “mirando a la pared”.